

Regeneración de la vida, y progreso colonial.

Diego Irarrazaval *

El equívoco 'sentido común' ha favorecido lo técnico-científico y el progreso privado. Esto contrasta con modos de ser terrenal, sanador, festivo, económicamente sustentable (en regiones andinas y otras latitudes). Todo esto es relevante en nuestros debates político-culturales, y también en la actividad eclesial y espiritual. En la perspectiva andina la amable tierra no constituye un objeto, la constante sanación supera el procedimiento químico-médico, y el incesante celebrar la existencia aventaja tanto negocio y espectáculo hedonista.

En el acontecer humano, a la comparación con quienes tienen éxito le subyace una fórmula discriminatoria, que afecta intensamente a sectores juveniles y les abre las puertas a la depresión. En el plano emocional tenemos la obsesión de subir y triunfar. A la vez, es descartado quien permanece estable y quien desciende en la escalera del éxito (ya que sería un 'perdedor'). Tenemos por un lado el mito y la fascinación por el desarrollo. Por otro lado, en varios sectores sociales abunda la energía y mística eco-humana, con sus propios criterios y sueños.

Aquí en los espacios andinos -y en cualquier región del universo- el afán transversal es progresar. Es algo vivido en diversas maneras. En un evento boliviano (1) se han entrecruzado interpretaciones:

- "el efecto de la superposición de las formas occidental y amerindia de concebir el Buen Vivir es que se inviabilizan mutuamente..." han dicho Jorge Miranda y Viviana del Carpio,
- "el modelo de desarrollo que actualmente ha puesto en práctica el pueblo quechua es un modelo intercultural... que relaciona el desarrollo económico y social y la concepción de ser pensante y trascendente de la persona..." opina Adán Pari,
- "la incorporación de la equidad (socio-económica, intercultural y de género) a nivel nacional, implica 'incluir' a la mayoría en un Estado de minorías, y un hecho de esta naturaleza producirá crisis en el propio sistema dominante" anota Walter Delgadillo.

Existen diversas propuestas: dialogar, yuxtaponer, articular, incluir, descolonizar. A menudo, de manera ingenua, con el criterio de ‘progresar’ es medido el acontecer social y el valor de la persona.

La primera sección de este ensayo hace un contraste entre desarrollo y regeneración; la segunda sección indaga el modo de cuidar la vida (que incluye la dimensión espiritual) de pueblos originarios y modernos (2); y la tercera sección encara la envolvente mercantilización. Hago un acotado aporte a la urgente preocupación por rupturas en el desarrollo y por nuevas narrativas, que han sido examinadas en el Foro realizado en La Paz (14-15/11/2012). La crisis mundial ha sido evocada por Carlos Larrea del Ecuador: mientras se produce siete veces más de lo necesario para satisfacer lo básico, más de 2 billones de personas se mueven bajo la línea de la pobreza (con un par de dólares al día). Ello indigna, y también reclama acciones responsables de acuerdo a la ética cristiana.

1) Crecimiento o regeneración.

Nos envuelven lenguajes atractivos, pero con aspectos inviables. Al desarrollo le ponen adjetivos (endógeno, sustentable, transformador); también se habla de crecimiento inclusivo y con equidad, etno-desarrollo, economía verde, progreso con identidad, globalización sin exclusión, etc. Son lenguajes que indirectamente señalan la crisis de todo lo que nos envuelve, y que se inclinan a la reforma del sistema mundial. Por otra parte, sectores de la humanidad han estado cuestionando la estrategia del crecimiento incesante, y están mostrando que el neoliberalismo globalizado hace daño a las personas y al medio ambiente. Pocos individuos y unos cuantos gigantes económicos emplean abundantes recursos, que de hecho pertenecen a los pueblos de la tierra y les han sido expropiados.

No sólo hay que encarar la ambivalencia y la inequidad en la implementación del desarrollo. También hay que preocuparse de que las multitudes no sean seducidas y cooptadas por el “progreso”. Por eso surge el debate y los interrogantes sobre las vías y las metas de la condición humana; vale decir, nos abocamos a lo metodológico y lo teleológico. ¿Dialogo y tolerancia? ¿Conjugar las diferencias? ¿Descolonizar y regenerar la vida? ¿De qué manera se avanza hacia la genuina felicidad? ¿Cómo es la teleología del crecimiento eco-humano, que implica aminorar y superar carencias básicas?

Ya que en nuestras sociedades asimétricas hay escasez de recursos (e injusta apropiación de bienes universales), la meta es compartir recursos limitados, respetar el medio ambiente y su sustentabilidad, y llevar a cabo planes sociales equitativos. Para ello no hay que asimilar falsos dilemas, como sería o progresar o empobrecerse, o el avance tecno-científico o la barbarie del subdesarrollo. Tampoco se trata de un optimismo “pachamamista” ni de una euforia “andina”. Más bien el foco que ilumina todo es el Vivir-Bien, ahora y en las futuras generaciones. No hay recetas mágicas, ni conviene transitar por senderos fundamentalistas.

Lamentablemente el desarrollo suele ser imaginado como un incesante y cuantitativo aumento en la producción, en recursos tecnológicos y bienes de consumo, y en ganancias financieras. Desde situaciones primitivas y subdesarrolladas (donde estarían gran parte de la población urbana y rural del Altiplano, de los valles orientales, y de la amazonia) habría una evolución hacia mayor participación en la civilización moderna.

Existen otras propuestas. El bio-desarrollo promueve la interacción entre culturas, la equidad social, el trato democrático, el incremento espiritual. También se habla de la descolonización, lo holístico, el etno-desarrollo, el empoderamiento desde las bases, la ecología social y humana (3). Se trata de corrientes de acción y reflexión con elementos contestatarios y alternativos. Aumenta la sensibilidad hacia la naturaleza (y su derecho y simbología), hacia la corporeidad, hacia la transformación socio-económica. Se desea superar la injusticia sistémica y la sacralizada tecnología. Algunas voces advierten un gradual y devastador eco-suicidio.

Los imaginarios alternativos provienen de raíces y trayectorias propias (autóctonas y mestizas) que están siendo reconfigurados en medio del planetario cambio de época. Aunque sea discriminado y tergiversado, lo andino persiste con sus vertientes alternativas. Esto es constatado en tanta iniciativa que hace referencia a la Pachamama, que exalta el Allin/Sumak Kawsay y el Suma Qamaña, y que se expresa en la planificación holística. Aquí se desenvuelve la temática de la regeneración que brota de las fuentes de la vida (y no de caprichos humanos). La regeneración es llevada a cabo por las energías del universo y por cada persona y comunidad en sintonía con ellas, y por quienes colaboran para que haya genuina felicidad (4). Se trata de una gama de actividades razonables y utópicas, concretamente regeneradoras y bio-espirituales. Se llevan a cabo en forma colaborativa y a pequeña escala,

aportando a una amplia red que algunos llaman globalización desde abajo. Hablando de un modo general, persiste un imaginario eco-social-espiritual.

2) Abrazar y cuidar la vida.

Ya han sido reseñadas algunas heridas, energías, y contraposiciones en que se desenvuelve la población sudamericana. Vale también reconocer la tensión entre el interpretar y el sobrevivir. Cuando uno juega el rol de estudiar una realidad y comunicar el sentido de hechos contradictorios, uno toma distancia de esos hechos y puede quedar menos golpeado. Por otra parte están quienes sobrellevan y sufren la realidad con mayor vulnerabilidad, y la entienden a su modo y a la vez sobreviven con dolor. Son pues distintos modos de ser que están tensionados. Esto es dicho porque al interpretar cuestiones económico-culturales, además de la mayor exactitud y autocrítica en el análisis, cabe la empatía con quienes cargan mayor pesadumbre. Son los sentimientos que incentivan esta sección de cuidar la vida.

Durante la última década ha sido redescubierto un modo de con-vivir-bien en regiones sudamericanas. Han sido reconstruidas expresiones que hablan de lo que abraza y cuida. Se dice:

- *allin* y *sumak kawsay* (quechua), *suma jakaña* y *suma qamaña* (aymara) que pueden ser traducidos como estar y convivir bien,
- *allinlla kawsakuy*, vivir bien no mas,
- *munay kawsay*, amable vida,
- *mishk'i kawsay*, dulce existencia.

Lo actualmente vivido y pensado (mediante el *sumak kawsay* y otras fórmulas) tiene un transfondo socio-espiritual. Se habla hoy de más de 350 millones de indígenas (con sus 5 mil idiomas) que son portadores de 95% de diferencias de carácter cultural/espiritual. Estos datos gruesos apuntan a la pluriforme y bella historia de la humanidad. En la civilización maya, su Libro del Común o del Consejo, el *Popol Vuh*, hace esta invocación: “oh Dios que estas en el cielo y en la tierra, Corazón del Cielo, Corazón de la Tierra... que amanezca, que llegue la aurora. Danos muchos buenos caminos, caminos planos. Que los pueblos tengan paz, mucha paz, y sean felices. Y danos buena vida y útil existencia” (5). Tenemos pues en cada región del mundo muy hondas energías socio-espirituales.

Esto fue retomado por la cristianización andina, que impugnaba el culto terrenal a entidades sagradas, las *huacas*, pero que reconocía en la tierra la presencia divina. Un caso ilustrativo es la poesía quechua del franciscano

Jerónimo de Oré y su *Symbolo Catholico Indiano* de 1598 (6). En su verso *Allpachapas kayniykikunawan, huntam rikurin* (la tierra se ve llena de las manifestaciones de Tu presencia, Oré juxtapone *allpa* (tierra material) con *pacha* (espacio y tiempo sagrado). Lo concreto es inseparable de lo espiritual.

¿Por qué y cómo es cuidada la vida? Ya sea en terminología maya - Corazón del Cielo, Corazón de la Tierra- o bien en el esquema cristianizador andino, toda entidad viviente esta abrazada y sustentada por concreatas fuerzas transcendentales. Hay conceptos y actitudes muy diferentes, pero la cuestión de fondo es que la humanidad y su medio ambiente no son autónomos ni meros objetos de uso e intercambio. Muy por el contrario, la vida es cultivada y regenerada de manera admirable. En este sentido se tiene acceso a un fundamento socio-espiritual.

La espiritualidad andina abarca las dimensiones espacio/temporales del presente (lo más crucial), el pasado (que está al frente, porque habiéndolo vivido lo podemos ver), y el futuro (que permanece atrás porque aún no ha sido experimentado). La conjugación de espacio/tiempo es explicitada en rituales tales como *waxt'a*, *ayta*, *ch'alla*, *apthapi*, la paradigmática dulce mesa u ofrenda a Pachamama; en estos rituales están aumentando los signos del progreso moderno (7). La ofrenda tradicional ha incorporado señales de avances tecnológicos, del comercio urbano, y de lo administrativo y político.

En vez de apegarse a conocimientos y a normas (que predominan en la labor educativa y en la formación de la fe) el común de la humanidad prefiere disfrutar la existencia junto a los demás. La aproximación a la gama de creativas expresiones latinoamericanas indica que la fiesta constituye el corazón de la praxis del pueblo (8). Ella suele incluir ritos y creencias de carácter espiritual. En el caso de ceremonias autóctonas y mestizas, ellas afianzan la vida y agradecen lo compartido.

Así como le ocurre a tantas personas, me ha tocado involucrarme en esta praxis festiva. Uno queda fascinado y agradecido por gratas vivencias, en medio de penumbras y conflictos. Las comunidades donde abunda el dolor injusto y donde hay carencia de recursos y oportunidades son las que mejor disfrutan la existencia terrenal. En términos cristianos así gozamos la luz y gracia del Señor. Caben aquí metáforas cósmicas, tales como caminar en la luz y como cuidar la tierra. Es un modo peregrinante de ahondar la fe en Dios.

3) Encarar la envolvente mercantilización.

A partir de la Ilustración y de la expansión de poderes noratlánticos en todo el planeta, un tipo de racionalidad económica ha predominado en la existencia humana. De modo sutil la maldad ingresa y transforma lo cotidiano. Muchos sienten malestar ante el consumismo neo-liberal, y sectores creyentes enfrentan la problemática de la idolatría secularizada. Éstas temáticas tienen muchas aristas. Aquí solo menciono la mercantilización de rasgos de la existencia, y recalco la regeneración.

En contextos amerindios, la institucionalidad elogia lo autóctono, lo encierra en museos, y lo reduce a objeto del mercado (p.ej. comercializa el territorio, folkloriza la vasta producción artística). Esto también ocurre con la tecnología andina, con la integral sanación de enfermedades, y con las espiritualidades. Las empresas de turismo aprovechan el interés por lo exótico y por la ecología. El factor indígena y mestizo (y de modo especial lo sagrado) esta asediado por el *marketing*.

En cuanto a lo sagrado, los estudios socio-culturales hace tiempo encendieron luces de alerta. Peter Berger decía: “Las instituciones religiosas se vuelven organizaciones de venta y las tradiciones religiosas artículos de consumo.... gran parte de la actividad religiosa resulta dominada por la lógica de la economía de mercado” (9); lo cual ha sido ahondado por Hinkelammert y Jung Mo Sung. Recientemente, Vincent Miller ha desentrañado las trampas del consumo. “Commodification drives both the postmodern circulation of cultural wares and their evisceration; it demands ever more and ever shallower things... cultural differences and minority perspectives are preserved at the cost of being commodified” (10). Los bienes económico-culturales son desfigurados, trivializados. Se consume pues la mediocridad. Lo diferente pasa a ser una entidad fotografiada y filmada para satisfacer la curiosidad.

Estos procedimientos provienen del mercado globalizado e introducido en cada espacio humano. A esto lamentablemente le es sumada la colaboración y complicidad de pueblos marginados. A. Quijano y otros lo han denominado colonialidad. Esto implica que desde abajo es reproducida la subordinación al mercado y otras fuerzas hegemónicas. Incluso los pueblos originarios (indígenas/mestizos) a veces optan por menospreciar la tierra y tecnología propia, el arte y los modos de ser espiritual, las terapias holísticas con que se resuelve el mal y la enfermedad.

En estas circunstancias hay que prestar atención a mecanismos narcisistas. Es cierto que hoy abunda un lenguaje solidario, de respeto a las diferencias, de apoyo a la autogestión, de rechazo al paternalismo y a la dependencia del cliente. Todo esto parece bien. No obstante también predomina (y a mi parecer tiene mayor peso) la satisfacción de deseos individuales y grupales. De modo fenomenológico Christopher Lash examina en Occidente lo competitivo e individualista, y de modo psicológico e interdisciplinar Arnold Cooper detecta la personalidad deformada por el consumismo y por la atmósfera egoísta (11). Esto bloquea y hace más arduo el acceso a las fuentes de la vida y a su regeneración.

En algunos ambientes existe hoy fascinación por lo autóctono latinoamericano y caribeño, o bien por las milenarias tradiciones asiáticas, o por la efervescencia africana. Indudablemente nos hace crecer el contacto profundo (y no turístico) con realidades diferentes, y llevar a cabo el intercambio cultural y espiritual. Sin embargo, esas realidades a veces son trasplantadas y asimiladas con un parámetro privado y narcisista. Lo diferente a menudo es distorsionado, y lo sagrado es empleado para mayor prestigio y control sobre los demás.

Insisto en esto. En la actualidad el ser humano es cosificado y el beneficio privado y grupal tiende a ser absolutizado. Es pues prioritaria la reconexión con cada entidad viviente y con el medio ambiente físico y espiritual. La sobrevivencia -tanto de la persona como del planeta- esta en peligro.

Por eso las redes sociales con un sello ecológico y también diversos centros de elaboración teórica han estado apostando al desarrollo transformador, sustentable, con identidad. Una mejor conceptualización es “regenerar vida” y configurar un bio-paradigma cotidiano e histórico. No importa la terminología. Lo crucial es que sean alternativas viables en y para las mayorías; que sean social, espiritual, económica, emocionalmente viables; y que conjuguen justicia social, vivencias cordiales, sintonía con la trascendencia.

Esta perspectiva no es binaria ni dicotómica. El universo andino (y lo latinoamericano tan heterogeneo) tiene incontables entrecruzamientos, matices, mestizajes y formas emergentes. Puede decirse que lo cultural y espiritual no esta contrapuesto al progreso material. Por ejemplo, la praxis andina articula lo empírico y simbólico. Juan van Kessel y Porfirio Enriquez

anotan lo siguiente: “el principal elemento activo en la crianza de la chacra resulta ser un gestor espiritual (llamase Pachamama)... la actividad económica del campesino considerada ‘crianza de la vida’ es experimentada como una actividad sagrada de colaboración con las fuerzas creadoras que sustentan la vida del mundo” (12). Las iniciativas humanas corresponden a las energías trascendentes.

Esto contradice tanto el secularismo pseudo-científico como el fundamentalismo indígena. Claramente no concuerda con el esfuerzo desencantador y secularista (que separa tecnología de espiritualidad). Tampoco se suma a voces puristas en ambientes indígenas que maldicen la modernidad. Más allá de estas y otras polémicas lo prioritario es la pasión por la vida. Esto implica reconocer energías en el medio ambiente, que como Madre Tierra nos envuelve y abraza. Asimismo conlleva responsabilidades humanas entre seres diferentes, varones y mujeres, y entre pueblos con culturas y proyectos históricos.

Conclusiones.

Este ensayo se suma a la creciente labor interdisciplinaria que dialoga con sabidurías ancestrales y contemporáneas. El acento ha sido puesto en la regeneración de la vida. De este modo es encarado el actual afán de progresar, que en muchos sectores populares es una praxis de ser felices. Ello conlleva cuidar recursos escasos y no depredar el medio ambiente.

A mi parecer, en el escenario contemporáneo vale unir manos y corazones en dos direcciones. Por un lado, la infatigable crítica a la deshumanización globalizada, ya que es maltratada la casa común (que es el universo) y prolifera la insolidaridad, frustración, depresión. Por otro lado, la cordial interacción entre entidades diferentes que buscan el bienestar compartido. Esto involucra a la humanidad, a cada ser viviente e inanimado, a entidades trascendentes a las que se dan diversos nombres, a antepasados/as y a futuras generaciones. No es algo irrealizable. Más bien, se trata de convicciones y de obras ya realizadas o en gestación, y de lineamientos hacia el porvenir.

Son necesarias las ocasiones donde se manifiestan diferentes búsquedas, y donde hay diálogo al interior y entre culturas, entre proyectos históricos, entre generaciones, entre creencias. Ello ha marcado la Consulta en La Paz (15-18/11/2012). Es saludable reconocer y procesar la distancia entre

participantes de diversos espacios y con distintas categorías y sensibilidades. No se cae en el “ellos/as versus nosotros/as”; ni se caricaturiza el debate. Más bien sobresale el colaborar a favor del bien común del universo y la humanidad. La regeneración proviene de las fuentes inagotables de la Vida. Ella nos envuelve y transforma, y nos convoca a la responsabilidad.

NOTAS:

*Propuestas que he delineado en la consulta “Modelos de Desarrollo: rupturas y nuevas narrativas” (ISEAT, La Paz, 2012); publicado en *Otros horizontes de vida. Dialogos sobre desarrollo y vivir bien*, La Paz: ISEAT, 2013, pgs. 89-102.

1) Cito a Miranda, del Carpio, Pari, Delgadillo (en R. Achondo y otros, *¿A dónde vamos? Progreso en diferentes culturas*, La Paz: GTZ/Goethe/PIEB, 2004, pgs. 40, 54-55, 108). Vease Elena Pardo, Rocío Achahui, “El allin kawsay en la concepción andina y el bienestar en la concepción occidental” (www.pratec.org.pe/articulos); y Andrés Uzeda, “Del vivir bien y del vivir la vida”, *Fe y Pueblo* 17 (2010), 62-67.

2) “Pueblos originarios” apunta al hondo fundamento del ser humano (*origo* = inicio) y hace referencia a la humanidad indígena y mestiza. El concepto de población autóctona nos remite a lo nativo (*autos cthon* = tierra y humanidad en ella) hoy marcado por estrategias de progreso. La visión indígena ha ingresado a la temática del desarrollo; en un programa de investigación (Nijmegen Institute for Mission Studies, del 2006 al 2010) he presentado “Autochthonous symbols in an intercultural world” (ver F. Wijssen y S. Marcos, *Indigenous voices in the sustainability discourse*, Berlin: Lit Verlag, 2010, 395-404); trozos de ese escrito son retomados en este ensayo.

3) Abundan trabajos que favorecen el debate: Aníbal Quijano, “La colonialidad del poder y la experiencia cultural latinoamericana”, en R. Briceño-Leon, H. Sontag, *Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina*, Caracas: Nueva Sociedad, 1988, 139-155; Franz Hinkelammert, *El huracán de la globalización*, San Jose: DEI, 1999; Fernando Coronil, *Naturaleza del postcolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo*, 2000 (www.clacso.org); Werner Raza, *Desarrollo sostenible en la periferia neoliberal*, La Paz: Plural, 2000; Samin Amir “Las condiciones globales para un desarrollo sostenible”, *Alternativas Sur*, 1 (2002), 35-49; Boaventura De Sousa Santos, *Collective suicide or globalization from below?* www.eurozine.com/articles; Enrique Leff, *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*, México: Siglo XXI, 2002; F. Calderón (coord.), *¿Es sostenible la globalización en América Latina?*, Santiago: FCE, 2003; VV.AA., *Salvar el planeta, ecología y desarrollo sustentable*, Santiago: Aun creemos en los sueños, 2003; Antonio Elizalde, *Desarrollo humano y ética para la sustentabilidad*, Santiago: Universidad Bolivariana, 2003; María Elena Valenzuela y Marta Rangel, *Desigualdades entrecruzadas. Pobreza, Género, Etnia y Raza en América Latina*, Santiago: OIT, 2004; Alejandra Rotania, Jurema Werneck (eds.), *Under the sign of biopolitics*, Rio de Janeiro: E-Papers, 2004; Alain Touraine, *Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*, Buenos Aires: Paidós, 2005; “Desarrollo”, en R. Salas,

Pensamiento crítico latinoamericano, vol. I, Santiago: UCSH, 2005, 153-166; Fabrizio Arenas, “Sujetos indígenas y ciudadanía intercultural” en VV.AA., *Pueblos Indígenas: referencias andinas para el debate*, Cusco: CBC, 2007 (en www.conflictosinterculturales.cebem.org); J.M. Tortosa, *Maldesarrollo y mal vivir. Pobreza y violencia a escala mundial*, Quito: Abya Yala, 2011; José Carcomo (comp.) *Bioeconomía y desarrollo en América Latina y el Caribe*, Buenos Aires: Acercándonos, 2012.

4) Véase la genial elaboración de Jose Estermann, *Filosofía Andina*, La Paz: ISEAT, 2006 (en especial pgs. 245-276) ha sido ampliada y replicada en varias regiones del continente; véase Frederique Apffel-Marglin, *The spirit of regeneration*, Andean culture confronting Western notions of development, London: Zed books, 1999; Denise Arnold, “Del desarrollo de la colonización hacia la descolonización del desarrollo”, *Religión y Desarrollo*, 1/1 (2007), 26-32, 1/2 (2007), 26-31; Sofia Chipana, “Tejiendo sueños y anhelos en torno a la vida digna”, *Fe y Pueblo* 17 (2010), 68-78; Pedro Casaldaliga, “Buen Vivir, Buen Convivir”, *Agenda Latinoamericana 2012*, pgs. 10-11.

5) Anónimo maya, *Popol Vuh, las antiguas historias del Quiché* (¿1544?), Mexico: FCE, 1976, pg. 109. Para la actualidad: Juan Tiney y otros, *Tierra y espiritualidad maya*, Cobán: Ak' Kutan, 2000.

6) Luis Jerónimo de Oré (1598, Lima) *Symbolo Catholico Indiano*: Traducción y comentario por Gerald Taylor, *El Sol, la Luna y las Estrellas no son Dios. La evangelización en quechua (siglo XVI)*, Lima: IFEA, PUC, 2003, pgs. 146-147; previamente, Oré condena las *huacas* (pgs. 132-135).

7) Gerardo Fernández prolijamente examina *El banquete aymara, mesas y yatiris*, La Paz: HISBOL, 1995; e indica el rol de dólares, títulos universitarios, actividad comercial y bancaria, en ceremonias urbanas: *Entre la repugnancia y la seducción. Ofrendas complejas en los Andes del Sur*, Cusco: CBC, 1997, 210.

8) Véanse estudios de casos y mi acercamiento fenomenológico y teológico en *La fiesta, símbolo de libertad*, Lima: CEP, 1998.

9) Peter Berger, *Para una teoría sociológica de la religión*, Barcelona: Kairós, 1981, 198 (*The Sacred Canopy*, New York: Doubleday, 1967, 137). En América Latina el totalitarismo económico ha sido desenmascarado por F. Hinkelammert y H. Assman, *A idolatría do mercado*, Petropolis: Vozes, 1989, y por Jung Mo Sung, *Sujeito e sociedades complexas*, Petropolis: Vozes, 2002.

10) Vincent Miller, *Consuming Religion, Christian faith and practice in a consumer society*, New York: Continuum, 2005, 65 y 70.

11) Véase Christopher Lasch, *The culture of narcissism, American life in an age of diminishing expectations*, New York: Norton, 1978, y Arnold Cooper “Narcissism” en A.P. Morrison (ed.), *Essential papers on Narcissism*, New York: New York University Press, 1986, 125.

12) Juan van Kessel, Porfirio Enriquez, *Señas y señaleros de la Madre Tierra*, Quito: Abya Yala, 2002, 55. Vease Freddy Delgado, *Estrategia de subdesarrollo y gestión sostenible del territorio en ecosistemas de montaña*, La Paz: Plural, 2005; Victor Bascopé, *Espiritualidad originaria*, Cochabamba: Verbo Divino, 2006; Luz Donato y otras escritoras, *Mujeres indígenas, territorialidad y biodiversidad en el contexto latinoamericano*, Bogotá: Equilátero, 2007.